DE ENRIQUE NARANJO MARTINEZ

LAS FORTALEZAS DE SAN LAZARO

Generalmente en Cartagena, al hablar de las fortalezas del cerro de San Lázaro, las llaman en conjunto el Castillo de San Felipe de Barajas, pero en esto nos parece que hay un error. El castillo propiamente dicho se construyó en 1657, según la inscripción que en placa de mármol, ostentaba El Caballero, desde donde la sonora voz de la campana daba los alertas a la plaza fuerte en los días de la colonia. La referida losa, según nos informan, fue enviada al Museo Nacional y en ella puede verse la leyenda siguiente:

"Reinando Phelipe Quarto el Grande y Governando esta Plaza segunda vez Dm. Pedro Zapata, por su zelo y industria se fabricó este Castillo de San Phelipe de Varajas año de 1657".

El castillo se levantó hacia el oeste, en el lugar más alto del cerro de San Lázaro, llamado así porque a sus pies estuvo el primer hospital de leprosos de Cartagena, para defender la ciudad por la parte de Tierra Firme. Se empezó la obra en 1630, y se terminó veintisiete años después, es decir, en 1657. Este castillo fue el que resistió gloriosamente en 1741, los tremendos ataques de Vernón. Las obras complementarias, para hacer del total del cerro una fortaleza formidable, se ejecutaron en 1762, y se trabajó en ellas hasta 1769, como hemos podido comprobar por una inscripción, aún visible, en una de las atalayas existentes.

Las obras referidas, distintas a las del castillo de San Felipe, son las Baterías de San Lázaro, de la Redención, de Santa Bárbara, de la Cruz, de San Carlos y de los Apóstoles; un hornabeque, reductos, pasadizos que comunicaban los diferentes cuerpos de la fortaleza, almacenes subterráneos para la pólvora, contra-minas, aljibes, cuarteles para mantener la tropa a cubierto de las granadas, etc.

También se rebajó la altura de un cerro vecino, levantando con esta tierra el nivel de las hondonadas inmediatas a San Lázaro, "para quitar a los enemigos de la Corona las comodidades y ventajas que sus desigualdades les ofrecían, facilitando el ataque". Con la tierra sobrante, "bien pisada y regada", se formaron antepechos y otras obras para la defensa auxiliar de la gran fortaleza que, en su época, coronada de cañones, ma-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

tizada con los colores de los pintorescos uniformes de los soldados del rey, y dando al viento la bandera roja y gualda, ofrecería imponente aspecto.

La obra total costó once millones de pesos, suma fabulosa para la época, más aun si se tiene en cuenta que los operarios en ella empleados, como adelante veremos, eran esclavos, vagos y forzados, que no devengaban salarios del erario español.

Para el estudio de las fortalezas del cerro de San Lázaro, tuvimos la oportunidad, muy feliz por cierto, de estudiar un documento de la mayor importancia y no bien conocido de los eruditos. Se trata de hermoso plano en colores, con la firma autógrafa de don Antonio Arévalo, famoso ingeniero enviado por la corona después de los ataques de Vernón, para dirigir las obras de San Lázaro y poner en mejor estado de defensa a la ciudad. Está fechado en "Cartagena de Indias a 15 de mayo de 1763" y, por los detalles tan minuciosos que contiene, se comprende que debió de ser un documento secreto.

¿Cómo ha venido ese plano a dar a la América? ¿Cómo salió de los archivos privados de la Corona tan importante documento, que ponía en manos del enemigo la llave militar de una de las más importantes colonias? Lo ignoramos por completo. El hecho es que en el plano en cuestión lo envió desde París el señor Adolfo Thireau al señor Enrique de Lecompte, su actual propietario. Los señores Thireau de la firma Thireau, Latigan & Co., casa muy bien relacionada en Colombia, sucedieron a una firma de este país, uno de cuyos socios tuvo a cargo suyo el consulado de Colombia. Tal vez esto explica que un documento relativo a la historia nuestra aparezca en poder de extranjeros afiliados a nuestro comercio. Cómo fue a dar ese plano a París, es conjetura que dejamos a la inteligente consideración de nuestros lectores.

El señor Lecompte nos recibió con una gentileza que no olvidaremos. No solo se prestó a facilitarnos el estudio del magnífico documento, sino que rociamos aquello con unas copas de exquisito ron de su cosecha. El plano tiene una extensa nota explicativa que principia así:

> *"Plano particular del Castillo de San Felipe de Varaxas de Cartagena de Indias situado en el cerro de San Lázaro, y de las obras nuevas que se han aumentado en el año pasado de 1762, en donde se manifiesta también el estado defectuoso en que halló el terreno de sus inmediaciones y en ventajoso en que se está poniendo arrasando alturas y levantando los valles para quitar a los enemigos de la Corona las comodidades y ventajas quesas desigualdades les ofrecían facilitando su ataque: acompañado de los perfiles y elevaciones correspondientes, y de una relación de consistencia para mayor inteligencia de todo".*

Es cosa que pasma la técnica y minuciosidad de ese plano hecho en escala de 150 toesas, con indicación de pantanos, tejares, huertas, alturas de terreno de los alrededores, etc. Hay una nota correspondiente a las secciones llamadas hoy Playón Grande y Amador, que dice: "Bosque de nísperos y otros árboles frutales muy corpulentos que se desmontaron".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

En toda la extensión del terreno, palmo a palmo, está indicada la altura en marea alta, con números rojos; con números negros la misma altura en marea baja; y en números amarillos, la profundidad normal de las aguas. Además, por líneas oblicuas, se marca el alcance de cada batería y la combinación de sus fuegos respecto a las demás, de suerte que el campo aparece cubierto, barrido por los fuegos del cerro, que por el lado de la ciudad estaba completamente defendido por los baluartes de San Pedro Mártir, de San Andrés, la Media Luna, ya destruído, San Joseph, y una estacada que se extendía desde el baluarte de San Pedro Mártir y el fortín de Chambacú, donde hoy está la planta eléctrica.

Mucho se ha hablado de los caminos subterráneos que comunicaban la fortaleza de San Lázaro con la Popa, o con la iglesia de San Pedro Claver, de la compañía de Jesús. "Consejas y patrañas que por lo absurdas no merecen la pena de ser refutadas", dice un cronista del Boletín Historial de Cartagena, edición de noviembre de 1917. Pues bien, en el plano, firmado por el famoso ingeniero Arévalo, se marca esa ruta con las letras XX y una nota explicativa dice: "Caponera que se tenía dispuesto ejecutar en caso de necesidad para tener seguras las comunicaciones de la plaza y las fortificaciones exteriores".

Si la obra se llevó a cabo, o se inició y no se terminó, es cosa que no sabemos. Lo cierto es que el rumor popular tiene siempre una base cierta. También es verdad que después de mucho explorar los diversos pasadizos de comunicación subterránea de una batería a otra y de un cuerpo de la fortaleza, que son obras admirables y que las gentes ignorantes están destruyendo dizque en busca de santuarios, mi compañero de excursión el joven checoeslovaco Zdenek Pik, quien sirvió en el ejército austriaco, admirador fanático de esas obras, me invitó a tomar una vía profunda, la cual él aún no ha podido explorar hasta el fin. Ese pasadizo se interna en línea oblicua, como buscando orientación sobre un plano del fondo. Así marchamos muchos metros, sintiendo un silencio y una soledad pavorosos. El señor Pik, como veterano, me precedía con gran literna eléctrica. Las paredes aparecen firmes; el arco del techo es magnífico. Mi guía me da ánimo y me dice que más adelante la bóveda del pasadizo es muy amplia, y seguimos.

Aquello no tiene fin; el aire se enrarece y desconfío de mi respiración y de las fuerzas del señor Pik para sacarme afuera; por eso, a pesar de mi curiosidad enorme, doy allí por terminada la exploración, convencido de que, para seguir adelante, hay que ir preparado convenientemente.

Muchos de los caminos subterráneos estaban cortados por rastrillos que hoy ya no existen: en los cuarteles, abiertos en las propias entrañas de la tierra, según indicaciones del plano, había uno "para tener la tropa a cubierto de las granadas, balas y bombas, en donde pueden estar sin incomodarse unos a otros hasta trescientos cincuenta hombres, y muchos más en los demás subterráneos". Es una lástima, y grande, que el gobierno no proteja esas obras y evite la total destrucción de tan admirables monumentos!

El ataque de Vernón determinó la más gloriosa reminiscencia del Castillo de San Felipe. Esos muros, a punto de derrumbarse definitiva-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

mente, claman por su conservación. Ojalá que el ministerio de obras públicas, inicie la salvación de esas obras, para bien de las hermosas tradiciones de Colombia.

En ciento treinta y cinco buques vinieron los ingleses a Cartagena. Seis mil setenta y ocho bombas y más de diez y ocho mil balas rasas se dispararon sobre la ciudad. El ataque fue en marzo de 1741; el día 20 fue asaltado el cerro, defendido por soldados de los regimientos Aragón y España. Ante el certero fuego y firme resistencia de estos heroicos soldados, el enemigo, al clarear el día siguiente, abandonó el campo, dejando las escalas suspendidas de los muros, armas y efectos. Eslava, a quien el rey hizo marqués de la Real Defensa, aprovechó el momento para salir de la plaza con tropas de línea y batió a los que se retiraban. Defendían la ciudad mil hombres del ejército, mil trescientos milicianos, seiscientos indios y dos compañías de negros libres.

Sobre los flancos del cerro y en las explanadas vecinas que se extienden hasta el pie de La Popa, quedó el suelo cubierto de cadáveres. Allí quedaron tendidos hijos de Massachusetts, de Connecticut, de New York, de Virginia, de North Carolina y otros Estados de la actual República del Norte, que pertenecía al grupo de las tropas coloniales con que Vernón reforzó la expedición. Mr. Francis Russell Hart, en su reciente libro *Admirals of the Caribbean*, da el número de compañías de cada Estado de esos y cuenta que entre los oficiales norteamericanos estaba el coronel Lawrence Washington, hermano del fundador de la Gran República, quien, por sentimientos de camaradería con el almirante inglés, dio el nombre de Monte Vernón a la casa de campo de la familia, convertida hoy en la Meca del patriotismo norteamericano.

Al ver esas fábricas prodigiosas, tan macizas y sólidas, que un ingeniero yanqui amigo mío, porporción de las épocas guardada, comparada con la obra del canal de Panamá, me preguntaba ansioso cómo las habían realizado los españoles, con qué operarios. La respuesta la da don Ignacio Sala, citado por Corrales, al excelentísimo señor marqués de Villar. Con fecha 21 de marzo de 1752, refiriéndose a las refacciones del Castillo de San José, en la entrada de la bahía, le dice:

"Por lo que mira a operarios, habrá Vuestra Excelencia visto que hice pasar a aquellas obras cinco oficiales albañiles de esta ciudad, con los que he adelantado la obra, de forma que la nueva batería espero quedará terminada antes del tiempo que pensaba, y ya se empiezan los fundamentos para las bóvedas y por lo que mira a peones, no me faltan presentemente los que necesito, pues tengo ciento treinta y siete esclavos del rey, comprendiendo un albañil que he comprado por $ 200, y ciento tres forzados; respecto que todos los que cometan por acá alguna picardihuela los envié a Bocachica por el tiempo correspondiente a su delito. No puedo dejar de prevenir a Vuestra Excelencia que los que vienen de Santa Fe prueban muy mal con la mudanza de temperamento. Respecto de los veintisiete que condujo Juan Ruiz por el mes de enero de 1751, solo han quedado seis, habiendo desertado dos y muerto los demás; y de los últimos catorce que trajo, ya ha muerto uno, y muchos de ellos pasan grandes temporadas en el hospital".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Y sin embargo, esas obras miradas hoy con tanto abandono, costaron muchos millones: cincuenta y nueve las murallas, once los trabajos del Cerro de San Lázaro, un millón setecientos mil pesos las bóvedas de Santa Catalina, hechas no para cárcel, como afirman algunos, sino para cuarteles protegidos de la guarnición en tiempo de sitio, y cuatro millones doscientos mil cuatrocientos uno, el castillo formidable de Bocachica.

Los escritores de todos los tiempos han clamado en todos los tonos por la conservación de los admirables monumentos de Cartagena y de sus muros sagrados. Véase lo que decían los cartageneros Urueta y Piñeres en su libro de 1886; véanse los escritos de don Jeneroso Jaspe y de otros inteligentes patriotas, amadores de esas cosas. Todo ha sido en vano: la pica, la incuria y el tiempo, han continuado la obra destructora.

Los cartageneros mismos, con excepciones naturalmente, en parte tienen la culpa. Como en otra ocasión he dicho, familiarizados con el paisaje de esas obras, no dan a ellas el valor que tienen. Es más, en lo general ignoran muchas tradiciones de su ciudad, que debería contar con un centro propagandista de todos los valores históricos que ella encierra. Cuando yo quería explorar el cerro de San Lázaro, los amigos guasonamente escurrían el bulto. Sin embargo, debo mencionar con honor el nombre de Vicentico Martínez, quien en un bravo día de sol me acompañó a San Felipe. Por eso el forastero tropieza siempre, necesariamente, con guías extraños. El mío, fue el señor Pik. A mi turno yo fui cicerone de Titta Ruffo el gran barítono italiano, quien en mi álbum de autógrafos, de su puño y letra, dejó constancia de ello en la siguiente forma:

"Al gentile signor Enrique Naranjo, del quale non dimenticheró mai la sua squisita cortesía, per avermi fatto visitare ed apprezzare tutte le bellezze storiche di Cartagena; con grato ricordo. Titta Ruffo. Cartagena, 1924, 14 aprile".

Los pueblos que no veneran sus tradiciones tendrán siempre una precaria suerte. Por esto esperamos que la nación prevenga la destrucción total de los gloriosos monumentos de Cartagena. Que el gobierno actual se acuerde de San Phelipe de Varaxas y no deje venir a tierra esos muros, ya cuarteados, que fueron atalaya inmortal contra las tropas de Vernón, y que, en muchas otras ocasiones, se han enrojecido con la sangre generosa de nuestros héroes!

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.